

Que la doctora Ramos de Cox realizó por muchos años en la Universidad una eficiente y abnegada labor, distinguiéndose tanto por el alto nivel académico de la cátedra y la investigación, como en la tarea de orientar con espíritu cristiano y profunda sensibilidad humana a numerosas generaciones de alumnos, en quienes supo despertar la vocación de entrega a la vida universitaria y servicio a la comunidad;

Que el acendrado esfuerzo de la doctora Ramos de Cox se plasmó —entre otras realizaciones— en el Museo de Arqueología del Instituto Riva-Agüero, organizado gracias a su tenacidad y entusiasmo;

Que es deber de la Universidad enaltecer y perpetuar los méritos académicos y humanos de tan recordada maestra, como es el deseo del Instituto Riva-Agüero;

#### RESUELVE:

Desígnese con el nombre de Josefina Ramos de Cox el Museo de Arqueología del Instituto Riva-Agüero.

Lima, 7 de agosto de 1974.

---

### LUIS FELIPE GUERRA MARTINIERE

El 18 de octubre de 1974 falleció súbita e inesperadamente el doctor Luis Felipe Guerra Martinieri, antiguo director del Seminario de Filosofía del Instituto Riva-Agüero. El acto del sepelio en el Cementerio Presbítero Maestro congregó a un numeroso grupo de autoridades, profesores y alumnos de la Universidad Católica y de la Universidad de Lima, en las que el doctor Guerra ejerció la docencia.

El arquitecto Héctor Velarde, Vicerrector de la Universidad de Lima y Director del Seminario de Historia del Arte de nuestro Instituto, dijo las siguientes palabras:

Amigo Guerra:

En la Universidad de Lima está y estará siempre tu sonriente presencia de auténtica paz como una luz y una realidad de armonía humana, de sencillez de vida y de limpieza de alma; presencia de enseñanzas supremas y fecundas no sólo para que la juventud aprenda con optimismo —aunque se trunque— sino para que la vejez espere con fe y filosofía —aunque sea doliente—.

Esa presencia no se podrá olvidar nunca.

A continuación habló el P. Armando Nieto Vélez S.J. a nombre del Instituto. El siguiente es el texto de su discurso:

Antes de decir las últimas oraciones de la Iglesia frente a la sepultura de Luis Felipe Guerra, deseo expresar en nombre del Instituto Riva-Agüero de la Universidad Católica el sincero dolor que nos causa la súbita desaparición de uno de los miembros fundadores y luego director del Seminario de Filosofía; profesor, por varios años, en el Instituto y miembro de su Consejo Directivo.

Luis Felipe Guerra ingresó en la Universidad Católica en 1951. En ese mismo año se incorporó al Instituto Riva-Agüero, integrando una notable promoción que halló cauce a su actividad intelectual en los incipientes seminarios de la Casa de Lártiga. En esa generación, que contribuyó a vigorizar los cuadros docentes y de investigación humanística de la Universidad, sobre todo en los campos de la filología, la historia, la filosofía y la arqueología, Luis Felipe Guerra representó desde el comienzo la tendencia a la reflexión filosófica y al pensamiento especulativo. Testimonio de esa inquietud fueron su labor en el Seminario y, muy pronto, sus clases, proseguidas asiduamente, año tras año, aun en medio de constantes molestias físicas, que supo sobrellevar con entereza. En sus escritos, publicados la mayor parte en diversos números del Boletín del Instituto, reveló su preocupación por conjugar temas clásicos de la filosofía y la teología con los nuevos caminos del reciente avance de la antropología y de la ciencia. Evocando un empeño análogo, cómo no traer hoy al recuerdo, en este mismo lugar, la figura de un colega de Luis Felipe y alumno excepcional, Alfonso Cobián, su continuador en las tareas de la Subsecretaría del Instituto. Una similar vocación filosófica los unió temporalmente en vida en las aulas de trabajo del Instituto; y una muerte prematura se los llevó de entre nosotros.

Es verdad que el fallecimiento imprevisto de Luis Felipe desconcierta el ánimo y sume nuestra sensibilidad en honda tristeza. Pero en el corazón de esa oscuridad, que la sola filosofía no logra disipar, penetra la luz —y con ella el consuelo— de un saber superior, el saber de la fe cristiana, a la que Luis Felipe quiso ser siempre fiel mientras vivió y trabajó, acuciado por penosas urgencias y preocupaciones. Por ello, en la misma fuente de las certidumbres de la fe, queremos hoy templar y serenar nuestro dolor, al tiempo que evocamos las palabras de la Sagrada Escritura, excelsa y eterna sabiduría, aplicables a quien, como Luis Felipe Guerra, dedicó su existencia a la búsqueda de la verdad y a trasmitirla, en acto de servicio, a los demás: “Los justos vivirán para siempre y su recompensa está en el Señor, y el cuidado de ellos en el Altísimo. Por esto recibirán un glorioso reino, una hermosa corona de mano del Señor, que con su diestra los protege y los defiende con su brazo” (Sabiduría 5, 15-16).

Finalmente el Dr. Luis Jaime Cisneros pronunció el siguiente discurso (1):

Una voz pausada acompañaba siempre a Luis Felipe Guerra, para advertirnos que todo surgía en él con medido paso, sin apresuramientos, como la esperable humildad que la ciencia reclama para acercárenos. Voz pausada acompañó su repetida ingenuidad adolescente en los viejos patios de la Plaza Francia, en el albor de sus años universitarios. Voz sin estridencias, la que agitó en recordados debates ideológicos como un tímido esbozo de su rebeldía estudiantil, en horas en que la Filosofía parecía ser sólo una persistente ilusión de adolescencia. Quien no lo conociera, podía tal vez dejarse seducir por erradas interpretaciones y pensar que detrás de dicha voz no había una consolidada firmeza. Pero la había. Un juicio apresurado podía confundir a cualquiera, porque ciertamente Luis Felipe se movía en una dimensión inesperada. Pero era una dimensión clara y consistente. El secreto había que aprender a buscarlo precisamente en su voz, detrás del fervor acezante que lo visitaba. Ella denunció siempre en él a un corazón noble y limpio, desbrozado de segundas intenciones, intocado por los habituales agravios que la vida suele deparar.

Luis Felipe Guerra integró una de las más brillantes promociones universitarias que conocí. Desde sus anteojos cristalinos dio agudas y frecuentes pruebas de una persis-

1 Apareció publicado en la página editorial del diario *El Comercio* de Lima del jueves 24 de octubre de 1974.

tente inteligencia, así como nos fatigó con muestras despiadadas de su caligrafía. Eran muchas las facetas que ofrecía a la perspectiva irónica, y las cito porque están en la raíz de nuestro acercamiento. Luis Felipe supo imponerse lentamente a la ironía, supo dismantelar los artificios y ofrecer su rostro intangible, empeñado en que lo viésemos tal cual era. Lo hizo con esa lentitud que era su sino. No hubo en él vacilación ni titubeos. Iba por un claro sendero, y parecía convencido de que con sólo el seguirlo aprenderíamos a medirle la rectitud y la intención. Y así fuimos descubriendo su corazón y su lealtad.

Yo le debo a Luis Felipe Guerra muchas horas importantes de mi vida universitaria. Conversaciones frecuentes de su época adolescente, en que me iluminó ciertamente la claridad de su fe, su preclaro sentido de auténtico cristiano, que él utilizó con sagacidad que ahora evoco para reconvenir amistosamente mi pretendida heterodoxia. Conversaciones fecundas sobre lecturas filosóficas, en horas en que se perfilaba su evidente vocación. He sido con certeza el más beneficiado con esas conversaciones. Una amistad naciente lo vinculó definitivamente a mis actividades: trabajó con un grupo de estudiantes en la organización del curso de Preseminario. Incorporado más tarde a la docencia, robustecida nuestra amistad, fui su cordial interlocutor sobre temas vinculados con Ortega y Bertrand Russell, y me instruyó sobre el mundo de Teilhard de Chardin, que por entonces lo atraía con la seriedad que podemos rastrear en el libro que le dedicó.

Es muy duro para un maestro comprobar cómo se van los que creíamos más fuertes, los que debían enriquecer la semilla, los que estaban destinados a mejorarnos. Pero no se trabaja en vano en la Universidad; nos quedan de Luis Felipe muchas cosas hermosas, indecibles, imposibles de dejar hoy acá, con su cuerpo ahora inhábil. Nos queda su lección humana de hombre íntegro. Nos queda acá dentro el eco prodigioso de su voz cansada, que será siempre el síntoma de que Luis Felipe Guerra vive en nuestro corazón y seguirá con nosotros en la diaria labor de escrutar cómo crece la juventud y nos vaticina una patria nueva, y cómo se forja en los jóvenes el progreso y cómo se alimenta en ellos la sana necesidad de superarnos.

---

### 30º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE RIVA-AGUERO

El 25 de octubre de 1974 se conmemoró el trigésimo aniversario del fallecimiento de José de la Riva-Agüero y Osmá. Se efectuó una romería ante su tumba en el cementerio de Lima, y en dicho acto el señor Oswaldo Holguín Callo, del Seminario de Historia, pronunció el siguiente discurso:

No quieren estas palabras rememorar la pródiga personalidad del Riva-Agüero literato, tan castizo como ático en su prosa, ni intentan pergeñar el trazo de su vigorosa actividad humana, de imborrable impronta en época de la historia harta en dolor y en esperanza.

Más bien, desean evocar al maestro, al hombre de vocación peruanista, pues quizás en ella sea donde mejor y más propiciamente se bebe del añejo vino que su dueño supo enriquecer a lo largo de toda su existencia.

Peruanidad, es decir, historia de amalgama y geografía salpicada de civilizantes huellas, es el vocable que nos señala el concepto de lo nacional como fruto, florido en rojos y blancos, de ingratos y alegres momentos. Y es también el llamado que escuchamos cuando aprehendemos, en lo hondo de sus sinceras expresiones, el olor, el color, la fibra del ser de este Perú tan caro para quienes, al conjuro de su nombre, se han